

AIBR  
**Revista de Antropología  
Iberoamericana**  
www.aibr.org  
**Volumen 20**  
**Número 3**

Septiembre - Diciembre 2025  
Pp. 437 - 460

Madrid: Antropólogos  
Iberoamericanos en Red.  
ISSN: 1695-9752  
E-ISSN: 1578-9705

## **Movilización vecinal contra la ciudad neoliberal: El caso del distrito 22@Barcelona**

**Josep Puigbo Testagorda**  
Universitat Rovira i Virgili (Tarragona)  
Josep.puigbo@urv.cat

**Recibido:** 28.04.2024  
**Aceptado:** 10.11.2024  
**DOI:** 10.11156/aibr.200306



## RESUMEN

Este artículo analiza la dinámica entre la transformación urbana y la acción colectiva desplegada por el movimiento vecinal en el proceso de terciarización del barrio industrial de Poble nou mediante el análisis de dos asociaciones: la Associació de Veïns i Veïnes de Poble nou y la Taula Eix Pere IV. El objetivo del artículo es entender cómo las comunidades afectadas por la transformación urbana se organizan y contestan estos procesos mediante las nociones de *barrio* y el patrimonio local como herramientas para constituir sus repertorios de acciones y desafiar las consecuencias del desarrollo urbano. El papel activo del movimiento vecinal en la conservación patrimonial lo sitúa como un agente modernizador de la cultura al proponer nuevos significados resultado de su dimensión política. La principal conclusión es que la dialéctica entre destrucción y restauración emerge como un motor significativo del paisaje cultural de Poble nou, mostrando la complejidad y el rol de los movimientos sociales en la configuración de la identidad a través de prácticas militantes que negocian las condiciones de la vida urbana.

## PALABRAS CLAVE

Movimientos sociales urbanos, ciudad neoliberal, transformación urbana, identidad local.

**NEIGHBORHOOD MOBILIZATION AGAINST THE NEOLIBERAL CITY:  
THE CASE OF THE 22@BARCELONA DISTRICT**

## ABSTRACT

This article explores the relationship between urban transformation and collective action within the social movements in Poble nou, focusing on two associations: the Associació de Veïns i Veïnes de Poble nou and Taula Eix Pere IV. It aims to understand how communities impacted by urban change organize and respond to these processes, using the concepts of neighborhood and local heritage as tools to challenge urban development outcomes. The active role of the neighborhood movement in heritage conservation positions it as a modernizing agent of culture, proposing new meanings from its political dimension. The main conclusion is that the dialectic between destruction and restoration serves as a significant force in shaping Poble nou's cultural landscape, highlighting the complexities and roles of social movements in reconstructing identity through militant practices that negotiate urban living conditions.

## KEY WORDS

Urban social movements, neoliberal city, urban transformation, local identity.

## Agradecimientos

Agradezco a Joan J. Pujadas, Montserrat Soronellas y Xavi Camino sus oportunos comentarios, así como su generoso acompañamiento en el proceso de elaboración de esta investigación. Dedico el artículo a la memoria de Sergio Routin, por abrir siempre nuevas posibilidades dentro de la ciudad neoliberal. Su presencia aún crea y no se disuelve.

## Introducción

Los procesos de renovación urbana que constituyen las ciudades contemporáneas se estructuran en agendas neoliberales que minimizan el papel redistributivo del Estado y promueven la incorporación de actores privados en la gestión y el uso de los espacios intervenidos. Estas intervenciones tienen consecuencias para las comunidades preexistentes que habitan los lugares en transformación y los movimientos vecinales desempeñan un papel crucial en los conflictos inmanentes a tales procesos. En este artículo se argumenta que las organizaciones políticas vecinales tienen la capacidad de reinterpretar la cultura local como una medida para generar acción política ante los efectos de la renovación urbanística. Esta idea se desarrolla en el caso de Poblenou: el antiguo núcleo industrial de Barcelona afectado por el 22@, un plan urbanístico aprobado en el año 2000 con el objetivo de transformar 200 hectáreas de suelo industrial disponibles en un distrito de oficinas tecnológicas. Los resultados obtenidos del trabajo de campo realizado con dos agentes específicos del campo político vecinal, la Asociación de Vecinos y Vecinas de Poblenou y la plataforma vecinal Taula Eix Pere IV, evidencian la diversidad de acción del movimiento vecinal. Ambas organizaciones utilizan repertorios culturales distintos, incluyendo la dimensión simbólica y la noción de *barrio* en tanto que patrimonio e identidad para oponerse a la configuración de la transformación urbana, revelando que el conocimiento de la cultura local resulta clave para su acción política.

La hipótesis defendida es que la producción de símbolos e identidades locales sirve como herramienta a los movimientos sociales urbanos para desafiar los efectos social y culturalmente destructivos de la transformación urbana. Este proceso se da en un marco de disputa ideológica con el Estado por el significado del espacio en el que los movimientos se muestran resistentes a la pérdida de identidad y patrimonio barriales. La identidad vecinal resultante no es una esencia fija, sino que es producida y reelaborada por prácticas militantes que utilizan estratégicamente los

símbolos como un recurso definitorio de identidades operativas dentro del campo político-social en el que se desenvuelven. En el caso presentado, los movimientos vecinales de Poblenou utilizan la acción colectiva para mantener y producir significados locales respondiendo a los efectos del 22@ ya sea a través de la preservación de símbolos industriales o la recreación de identidades barriales históricas. De este modo, la reconstrucción de la identidad local es una estrategia para ampliar la participación y estimular la protesta, manifestando que los movimientos sociales urbanos no son meros agentes de desorden, sino también potenciales configuradores del orden sociocultural e influyentes agentes de la estructura política.

El texto se inicia con una aproximación teórica, seguida por la presentación de resultados y discusión. En último lugar, se concluyen las principales ideas presentadas respondiendo a la principal pregunta derivada de la hipótesis anterior: ¿qué papel ocupa la producción simbólica vecinal dentro del contexto de contestación a la transformación de Poblenou?

## 1. Método

Las técnicas empleadas para el estudio etnográfico de los movimientos vecinales de Poblenou fueron la observación participante, 37 entrevistas semiestructuradas a vecinos y el análisis de documentos municipales y de materiales autoproducidos por las organizaciones analizadas. Este enfoque metodológico se aplicó durante un periodo de campo de 30 meses (2018-2021), que ha continuado de forma discontinua hasta 2024. Para obtener una comprensión detallada y matizada del impacto de la transformación urbana, así como de las respuestas en materia de organización política vecinal, las entrevistas fueron un complemento de una estrategia de observación participante que se realizó con múltiples actores del diverso universo de la organización vecinal, abarcando como agentes principales para este artículo a la Asociación de Vecinos y Vecinas de Poblenou y la Taula Eix Pere IV. La participación en acciones como la ocupación de huertos urbanos, expediciones vecinales para la recolección de datos urbanos y las discusiones con agentes municipales son la base de los resultados obtenidos sobre las distintas formas colectivas de confrontar el plan 22@ de cada agente, y se componen de las variadas situaciones que constituyen la actividad política vecinal.



## 2. Ciudades en conflicto: movimientos y resistencias ante la transformación urbana neoliberal

La actividad de los movimientos sociales urbanos contemporáneos se inscribe en el contexto de las ciudades neoliberales, caracterizadas por una gestión emprendedora y un modelo de crecimiento económico exponencial que desdibuja los intereses de la ciudad convivencial y su valor de uso hasta configurar políticamente lo urbano como una máquina de crecimiento económico (Amin, 2013). Debemos entender el neoliberalismo como doctrina económica, pero también como un sistema de relaciones culturales y políticas basadas en la reducción del papel del Estado y en la expansión de la iniciativa privada (Wacquant, 2012). En términos espaciales, este modelo socioeconómico transforma los espacios urbanos en «escenarios privilegiados» de reestructuración económica (Theodore, Peck y Brenner, 2009) fomentando el desarrollo de proyectos emblemáticos a través de procesos de «destrucción creativa» (Harvey, 2003). Esto es, la devaluación y posterior revalorización de espacios preexistentes, buscando la generación de beneficios diferenciales (Makhlouf, 2019). Se trata de una dinámica enmarcada en una estrategia de acumulación flexible que utiliza la urbanización como un mecanismo para la creación de nuevos espacios urbanos altamente simbólicos (Merrifield, 2014), dando como resultado la producción de paisajes urbanos internacionalmente homogéneos, como nuevas zonas empresariales o centros de consumo masivo.

Sin embargo, los ciclos de producción y destrucción de capital impactan en los tejidos sociales locales en tanto que las renovaciones urbanas conllevan una estrategia de «vaciado» (Franquesa, 2007) de las áreas intervenidas, preparándolas para una reconstrucción que altera las formas económicas y sociales preexistentes. Dichos espacios ven amenazados los estilos de vida y las expresiones culturales asociadas por su reemplazo por otros más lucrativos que buscan legitimación. A menudo, estos proyectos no solo se interesan por el cambio del valor inmobiliario, sino que también imponen una nueva visión y comprensión del espacio urbano (Kern, 2022). Pero si los mecanismos de destrucción creativa identifican determinados modos de vida como obstáculos para la acumulación, cabe preguntarnos qué implicaciones suscitan en términos de acción colectiva. Desde una perspectiva marxista, se incidió en la dependencia (a veces excesiva) de la estructura económica sobre la superestructura como determinante de la acción política. En términos urbanos, esto incrusta el surgimiento de los movimientos sociales urbanos en la estructura de relaciones capitalistas que producen la ciudad. Pero no hay que imaginar una división dicotómica entre neoliberalismo y movimientos, sino que

debemos interesarnos por sus continuidades y relaciones dialécticas (Mompó, 2021).

Manuel Castells (1986, p.20) fue pionero en destacar la importancia de estos movimientos en la dinámica de las ciudades, conceptualizándolos como «acciones colectivas conscientemente determinadas a transformar los intereses y valores sociales de una ciudad históricamente determinada». Este enfoque ha sido ampliado por Santamarina y Mompó (2018) al señalar que la relevancia de los movimientos sociales urbanos no se limita a su organización en el espacio, sino que incluye la politización y la lucha por la reapropiación de la ciudad misma. En este sentido, la definición de *movimiento social urbano* de Mompó actualiza la propuesta inicial de Castells:

Un Movimiento Urbano es una forma de acción colectiva urbana, vehiculada en procesos sociales conflictivos que politizan la ciudad y llevada a cabo por unos sujetos —individuales o colectivos— constituidos en redes que comparten, en mayor o menor medida, tres elementos: características identitarias (cambiantes, múltiples, fragmentadas); percepciones sobre sus realidades urbanas concretas y el mundo, y una serie de aspiraciones de cambio de los modelos hegemónicos (reactivo o subversivo) (2019, p.54).

El desarrollo teórico en torno a los movimientos sociales no solamente urbanos ha generado una división en el interés académico que persiste hasta la actualidad. Su origen se encuentra en la respuesta al aumento de la conflictividad de la década de 1960. En primer lugar, la «Teoría de la Movilización de Recursos» (TMR) estadounidense se orientó hacia el análisis individual e instrumental de la acción colectiva en reacción al funcionalismo (Santamarina, 2010), centrándose en la capacidad de movilización de recursos para explicar los movimientos sociales desde una perspectiva utilitarista (Galafassi, 2011). No obstante, su enfoque pragmático descartó consideraciones importantes como la identidad y la cultura. En contraposición, la perspectiva europea criticó la sobrevaloración de la racionalidad de los teóricos de la movilización de recursos (McAdam, McCarthy y Zald, 1999) interesándose por el análisis de los procesos de formación de identidad. Esta corriente se centró en las diferencias que los «Nuevos Movimientos Sociales» (NMS) presentaban respecto a sus predecesores aspirando a superar los límites de la relación costo-beneficio de la TMR, así como los sesgos del marxismo que, hasta entonces, interpretó estáticamente los movimientos sociales en términos de luchas estructurales en la esfera de la producción y el control estatal (Diani, 1992).

Los teóricos de los NMS vincularon el contexto conflictivo de los años sesenta con las transformaciones hacia el postindustrialismo, argu-

mentando que el sujeto único, la clase trabajadora, ya no era exclusivo en los movimientos sociales. Identificaron una mayor fragmentación e integración institucional en los nuevos movimientos sociales, así como nuevas tendencias en la politización de la vida cotidiana y la crítica a la mercantilización de todos los aspectos de la vida social (Piqueras, 2002), incluido el ámbito urbano. La inclinación hacia la heterogeneidad en los procesos de acción colectiva se atribuye al aumento de fenómenos como la acumulación por desposesión y la mercantilización de esferas excluidas del mercado (Harvey, 2003), desarrollándose desde la década de 1960 debido a la transición neoliberal y la minimización de la protección social del Estado.

Estas perspectivas han influenciado el análisis de los movimientos sociales dentro del marco de las ciudades neoliberales, poniendo énfasis en la adopción de nuevas estrategias de apropiación urbana, destacando su influencia en la configuración del conflicto a través de la identidad y señalando la redefinición de significados urbanos. Así, se destaca la importancia del espacio y la cultura en el análisis de los movimientos por su capacidad de contextualizar y condicionar prácticas políticas en el entorno urbano en el que operan. Homobono (2000) identificó los movimientos sociales urbanos como agentes históricos con un fuerte referente espacial, mientras que para Caldeira (2015) las referencias espaciales son elementos inextricablemente entrelazados con su agencia política: la configuración espacial de la ciudad y sus patrones cambiantes no solo se refleja en la acción colectiva, sino que también moldea las estrategias de los movimientos. La interdependencia entre la dimensión espacial y la agencia política subraya la necesidad de considerar detenidamente cómo la ciudad y sus dinámicas culturales inciden en la evolución de los movimientos sociales urbanos. Pero los enfoques no espaciales han tendido a desinteresarse por el papel de los lugares particulares en las articulaciones de las acciones e identidades colectivas impulsadas por los movimientos sociales urbanos (Escobar, Álvarez y Dagnino, 2001). Es por eso por lo que resulta indispensable analizar las particularidades locales del desarrollo de la acción política, atendiendo la espacialidad de resistencia (Oslender, 2016) de los movimientos sociales para comprenderlos desde una perspectiva de lugar y en asociación a las redes culturales de la vida cotidiana de donde emergen (Melucci, 1989).

Igual que el espacio, la cultura ocupó una categoría residual en el análisis sobre los movimientos sociales al tratarse como mero recurso para dar cuenta de aquellos aspectos que la estructura era incapaz. Algunos autores concibieron la cultura como una variedad de recursos persuasivos fundamentales para la promoción de las causas activistas ante posibles

participantes (McAdam, McCarthy y Zald, 1999), mientras que otros analizaron cómo la dimensión cultural era fundamental para la formación de un movimiento social atendiendo el rol que la cultura podía desempeñar en la «activación» de un problema común (Llera, 2008; Tarrow, 1997). Prestar atención a los aspectos culturales identificó la emergencia de los movimientos y situó los resultados de los movimientos tanto en el campo político institucional como en la vida cotidiana (McAdam, 1994). Pero las aportaciones de Francesca Polletta (Amenta y Polletta, 2019; Jasper y Polletta, 2018; Polletta, 2004) ampliaron estas perspectivas colocando la cuestión cultural en su correspondiente complejidad. Para la autora, la cultura no es una simple herramienta para la consecución de intereses políticos que interviene «en» los movimientos sociales definiendo las identidades y los intereses desde los cuales se da la acción, sino que la cultura trataría del conjunto de «esquemas institucionales», como señala Vallverdú (2017), que definen las reglas del juego y los modelos de funcionamiento. Esto significa que los activistas utilizan la cultura estratégicamente, adaptando sus marcos de una configuración a otra, influyendo incluso en lo que se considera estratégico (Polletta, 2004). Es decir, no sería una lente subjetiva a través de la cual los sujetos perciben estructuras objetivas, sino también una dimensión clave de estas estructuras (Polletta y Gardner, 2015).

En síntesis, la realidad de los movimientos sociales urbanos se encuentra intrínsecamente ligada al contexto de las ciudades neoliberales, donde la gestión emprendedora reconfigura la ciudad como una máquina de crecimiento económico. Los ciclos de producción y destrucción de capital impactan significativamente en el tejido social durante las renovaciones urbanas, con estrategias de «vaciado y llenado» (Franquesa, 2007) que preparan el terreno para el valor económico alterando la estructura social local. En este contexto, los movimientos sociales urbanos se manifiestan como respuestas a la transformación del espacio urbano, buscando la reapropiación de la ciudad y luchando contra la imposición de nuevas visiones del entorno con las propias.

### **3. El desarrollo urbanístico del plan 22@ como marco para la agencia vecinal**

Los procesos de transformación urbana de las ciudades postindustriales tienen como punta de lanza la adopción de políticas orientadas a revitalizar espacios industriales obsoletos mediante la reintroducción de dinamismo económico. Estas formas de especialización buscan atraer al lla-



mado sector «FIRE» (Soja, 2000): finanzas, seguros e inmuebles, por sus siglas en inglés. La búsqueda de impulsos socioeconómicos en las industrias culturales y tecnológicas ha dado paso a la imitación de paisajes urbanos como la construcción de distritos de negocios y zonas de creatividad empresarial que buscan ser reconocidos globalmente como modelos exitosos (Lauerman, 2018). Las políticas de regeneración urbana han compartido, a menudo, la identificación de las mismas necesidades: la atracción de nuevas clases medias o agentes de mercado hacia barrios de clase trabajadora y enclaves industriales (Atkinson, 2002).

En el contexto de Barcelona, estas estrategias se concretaron en la *Modificación del Plan General Metropolitano para la Renovación de las Áreas Industriales de Poblenou, Distrito de actividades 22@bcn* (plan 22@ en adelante) aprobada en el año 2000. Este ambicioso proyecto afecta más de 200 hectáreas de suelo y abarca más de 24 años de desarrollo configurando diferentes etapas. La gran extensión territorial para transformar, sumada a la dependencia de las fluctuaciones del negocio inmobiliario-financiero, han dilatado en el tiempo su consecución permitiendo múltiples oleadas de resistencia vecinal. El plan siguió una etapa inicial de gestación política entre 1995 y 1999 que culminó con su aprobación y lanzamiento inicial anterior a la crisis inmobiliaria de 2008 (2000-2007). La crisis llevó al abandono político del plan hasta 2015, cuando el nuevo gobierno de Barcelona en Comú y un *boom* inmobiliario impulsaron el período conflictivo en el cual se realiza la etnografía.

El plan 22@ sigue el modelo de transformación de Poblenou iniciado con la Vila Olímpica, la recuperación de playas y el desarrollo de Diagonal Mar en los noventa. Tras las Olimpiadas de 1992, el gobierno del Partido Socialista de Catalunya temía perder el interés internacional en la ciudad y no concluir las ambiciosas obras iniciadas por Pasqual Maragall. Estas preocupaciones llevaron al alcalde Joan Clos a proponer un nuevo proyecto para mantener la atracción internacional de Barcelona: un distrito de oficinas tecnológicas en Poblenou. Pero la falta de protección patrimonial industrial y su desarrollo en planes privados generó desinterés por las preexistencias del lugar. Frente a la pérdida del patrimonio y los cambios en los significados del espacio, el movimiento vecinal reaccionó con propuestas y distintos grados de oposición. Cuando llegué a Poblenou a mediados de 2018 el 22@ experimentaba una doble derrota. En primer lugar, el objetivo de transformación de la administración y del capital inmobiliario no se cumplió tras la crisis de 2008, dejando un Detroit de fábricas demolidas y terrenos baldíos, símbolo del «momento destructivo» del proceso de neoliberalización del espacio (Peck y Tickell, 2017).

En segundo lugar, las organizaciones vecinales no lograron reformar el plan y estaban en conflicto con la administración. El colapso de la burbuja inmobiliaria paralizó el plan 22@ e influyó en la reactivación de las dinámicas vecinales conflictivas. La llegada al poder de Barcelona en Comú en 2015 lanzó una promesa de modificación del 22@ que se concretó, durante 2017, en un proceso participativo denominado «Repensemos el 22@» que pretendía diagnosticar las necesidades ciudadanas y explorar vías para modificar el plan mediante la participación local (Martín-Gómez, 2020). El proceso culminó con 45 propuestas, destacando la participación de dos asociaciones clave: la Asociación de Vecinos y Vecinas de Poblenou (AVPN) y la Taula Eix Pere IV (TEPIV). Los resultados se vieron afectados por los acuerdos municipales con el sector inmobiliario, pero ambas entidades surgieron como representantes del barrio con dos «marcos de significación» (Snow, Benford, McCammon, Hewitt y Fitzgerald, 2014) diferenciados. La AVPN, una organización activa desde 1972, consideraba que el 22@ era una oportunidad para introducir cambios específicos, más que un proyecto completamente censurable. En cambio, la TEPIV era una plataforma que consideraba necesaria su derogación. La organización nació al amparo de la AVPN para revitalizar la colapsada calle Pere IV, pero se independizó progresivamente y ganó el capital político suficiente para participar en la gobernabilidad municipal.

Ambas entidades competían por la representación vecinal manteniendo una relación contradictoria: la TEPIV rechazaba el papel negociador de la AVPN argumentando que no querían ser instrumentalizados para legitimar los planes municipales, mientras que la AVPN quería evitar que la TEPIV la reemplazara como interlocutora. Las dos organizaciones sostenían una gran discrepancia: la AVPN defendía una posición reformista sobre el 22@, mientras que la TEPIV defendía una propuesta transformadora. A pesar de aceptar la existencia de un campo político y de realizar propuestas al consistorio, la TEPIV no dirigía su acción a anticipar los problemas que la administración pudiera enfrentar en la implementación del 22@, sino que abogaba por un programa crítico de transformación del plan. En cambio, la AVPN buscaba cambios con rapidez, lo cual era generalmente apreciado por los representantes municipales por su enfoque proactivo hacia reformas, aunque limitaba sus propuestas. La AVPN actuaba como intermediaria entre la administración y las problemáticas locales y consideraba el plan 22@ como una «herramienta» para mejorar el barrio. Esto permitía al consistorio presentarse como poseedor de un instrumento de mejora, en vez de ser responsable de un plan urbanístico perjudicial como argumentaba la TEPIV.

Las posturas diferenciadas determinaban las respuestas al proceso de transformación. La TEPIV y la AVPN adoptaban trabajos culturales para hacerle frente, pero sus enfoques eran diferentes. La TEPIV se distinguía por la dinamización cultural del eje Pere IV, donde implementaba múltiples proyectos vecinales con el objetivo de reconstruir creativamente el barrio mediante criterios opuestos a los de la transformación. En cambio, la AVPN se enfocaba en la conservación de la cultura local mediante la preservación del patrimonio fabril con una postura proteccionista. A pesar de sus repertorios de acción diferenciados, TEPIV y AVPN convergían ocasionalmente en torno a plataformas contra la crisis de vivienda y la turistificación. Un ejemplo destacable es la plataforma *Ens Plantem* que luchaba por una vivienda digna y asequible; o el proceso *Fem Rambla*, una iniciativa compuesta por múltiples agentes vecinales destinada a regular las terrazas de bares y promover usos vecinales en la Rambla de Poblenou. Sin embargo, estas coincidencias a nivel barrial no se reflejaban a nivel nacional. La AVPN se sentía incómoda con los sectores abiertamente independentistas de Poblenou, agrupados en el *Casal Octubre*. Algunos miembros de la AVPN también militaban en *En Comú Podem*, una formación política que apoya el derecho a decidir sin declararse independentista. En cambio, la TEPIV mantenía una postura más diversa sobre este tema, sin afectar su cohesión interna. Varios miembros participaban en jornadas de la izquierda independentista local, y algunos colaboraron con las CUP, partido anticapitalista abiertamente independentista.

Finalmente, la composición de ambas organizaciones era dispar. La AVPN estaba formada por vecinos jubilados con amplia experiencia en activismo y participación en protestas y negociaciones municipales. Eran principalmente vecinos propietarios que podían quedarse en el barrio a pesar de las fluctuaciones del mercado inmobiliario. En cambio, la TEPIV era compuesta por un perfil más joven, con miembros que vivían con sus padres, alquilaban o se mudaron a barrios cercanos más asequibles, pero seguían activos en Poblenou. Aunque ambas organizaciones contaban con miembros altamente cualificados, en el caso de la TEPIV destacaba la presencia mayoritaria de arquitectos y doctores en estudios urbanos. En ambos grupos, participar en la organización era la principal manera de involucrarse en el barrio. Sin embargo, también participaban con frecuencia en cooperativas locales de consumo, espacios clave para crear lazos comunitarios al atraer a miembros activos y a vecinos menos involucrados. En este sentido, la cooperativa *Cydonia* era cercana a la AVPN y la cooperativa *Ca l'Isidret* a la TEPIV.

### 3.1. Patrimonio y proteccionismo: una asociación vecinal para la conservación cultural local

En primer lugar, la AVPN había ocupado un posicionamiento histórico en aras de la conservación del patrimonio industrial (fábricas, talleres y mobiliario) y urbano, como los sistemas históricos de pasajes. Una muestra de esto es la reivindicación en su revista «El Poblenou» donde llevaban a cabo una crónica de periodismo social de cada pasaje. Históricamente, la asociación había logrado victorias significativas en la reconducción de planes urbanísticos que ignoraban elementos patrimoniales, como su propuesta de conservación para la fábrica Ca l'Alíer. La mirada proteccionista de la organización incluía personajes históricos del asociacionismo local mediante su presencia en el nomenclátor (como la Plaza Huertas Claveria). Su labor se orientaba a hacer entender con mano izquierda al Ayuntamiento que convenía proteger determinados aspectos del patrimonio material e inmaterial. El triunfo principal de esta estrategia fue salvar la fábrica de Can Ricart y lograr en 2006 la ampliación del *Plan Especial de Protección del Patrimonio Industrial*, incluyendo 114 elementos y reconociendo Poblenou como *casco antiguo*.

El método de la AVPN se basaba en dos mecanismos: la presión institucional y la proposición de soluciones mediante la triangulación de actores y recursos. Para entender esta dinámica, analizaremos ejemplos etnográficos del funcionamiento de la Comisión de Patrimonio. En ella, la AVPN reunía a un grupo de profesionales de la museística, arquitectos y estudiantes con sensibilidad por los emblemas industriales locales. El objetivo de la Comisión era analizar afectaciones urbanísticas para realizar propuestas al consistorio para su preservación, salvando así aquellos elementos amenazados por la acción inmobiliaria. Esto incluía sistemas urbanos como las casitas bajas del pasaje Aymá consideradas el germen del barrio y afectadas por la apertura de la calle Llacuna. Los activistas buscaban vías eficientes para preservar elementos antes de que la actividad inmobiliaria los destruyera. Sus métodos incorporaban la búsqueda de canales de financiación y la articulación de varios actores para la preservación: distintos niveles de la administración, agentes privados y activistas locales. Como ejemplo de esta táctica, observemos la ordenación 22@ de la manzana de Can Ricart. Siguiendo los documentos urbanísticos que un vecino había conseguido mediante su participación en la *Comisión de Seguimiento del Patrimonio Industrial de Poblenou*<sup>1</sup>, los activistas ense-

1. Organismo municipal vigente durante el primer mandato de Barcelona en Comú (2015-2019) en el cual participaban diferentes especialistas locales y vecinales en patrimonio industrial.

guida valoraron qué implicaciones tendrían aquellas ordenaciones. Los grandes edificios proyectados en la ordenación ocultaban Can Ricart entre rascacielos. Los nuevos usos eran de oficina, excepto una parte de la fábrica de helados Frigo, destinada a un hotel. Uno de los activistas más veteranos exclamaba desolado al ver la edificabilidad de las nuevas construcciones: «¡después de esto que hagan lo que quieran y lo derrumben todo!». Todos coincidían en que el recinto fabril quedaba sepultado y su valor patrimonial sería incomprensible.

Pese a la ira inicial, rápidamente reconocían que los planes aprobados eran incontestables y que resultaba necesario centrarse en explorar soluciones realistas. Las posibilidades pasaban por procurar un proyecto para la fábrica Frigo y activar el proyecto para Can Ricart. En el primer caso, se decidía proponer al consistorio un programa sobre la memoria histórica de las trabajadoras de la fábrica. En cambio, el caso de Can Ricart era un galimatías. Después de múltiples proyectos fracasados (siendo el último un Campus de las Artes) la única solución vislumbrada era la hipotética llegada de fondos europeos. Aun así, la comisión exploró las utilidades del futuro Can Ricart, proponiendo proyectos y formas de financiación. Uno de los vecinos más informados informó de que el problema principal que afrontaban los técnicos municipales era conectar la actividad de la nave anexa con la emblemática plazoleta. La solución que ofrecía la comisión era reabrir el antiguo bar de la zona (Paco's) y dar contenido a lo que fue la sala de calderas, abriendo una oportunidad museística para explicar el funcionamiento del primer vapor. Pero el estado de la fábrica ponía en duda esta posibilidad: las paredes interiores casi habían ido al suelo y la viabilidad del proyecto dependía del museo de historia de la ciudad. El informante lamentaba no encontrar ningún departamento municipal que se hiciera cargo: «¡el Ayuntamiento no ve que “patrimonio” está ligado a “urbanismo” y se pasan el muerto!».

En resumen, la mayoría de los miembros de la Comisión de Patrimonio de la AVPN eran profesionales del ámbito cultural y arquitectónico con un profundo entendimiento de la gestión patrimonial y una habilidad destacada para navegar las complejidades institucionales. Estos especialistas aplicaban sus conocimientos con el objetivo de ofrecer soluciones pragmáticas al Ayuntamiento. El rol de la AVPN consistía en preservar el carácter de Poblenou identificando oportunidades de conservación en medio de los procesos de transformación urbana, adoptando un conservacionismo que protegiera episodios significativos del pasado industrial.



### 3.2. La reconstrucción creativa de la cultura local de la TEPIV

Las acciones de la TEPIV no velaban exclusivamente por el mantenimiento de formas culturales sobre el territorio, sino que pretendía recrear símbolos y traer al presente identidades históricas extinguidas mediante la acción colectiva. Observaremos esta dinámica a partir de la intervención del pasaje Trullàs, donde los activistas intentaron recuperar la antigua identidad trullense. Este tipo de intervenciones de la TEPIV tenían tres objetivos: la cohesión social del disgregado territorio, concienciar sobre los efectos del 22@ y revertir los estragos socioculturales del plan. De hecho, las barriadas históricas de Poblenou como la de Trullàs eran utilizadas como potentes símbolos desde los que cimentar la organización vecinal.

Geográficamente, Trullàs se encontraba entre el centro de Poblenou y los edificios industriales de Bogatell. La manzana porosa donde se ubicaba se componía por un sistema de pasajes (Iglesias, Camp y Goula) que coincidían con la apertura de Pere IV por su choque con la calle Pallars. Las primeras evidencias de la existencia de la barriada se encuentran en el mapa de Tomàs Soler y Ferrer de 1826, donde se aprecia la presencia del pasaje en un medio agrícola. La toponimia local rememora este período preindustrial, como el pasaje del Camp<sup>2</sup> o de Iglesias, en recuerdo del labrador propietario del terreno. Pero el pasaje Trullàs refleja tanto el carácter industrial como agrícola de la zona y eruditos locales como Jordi Fossas (2013) o Eduard Milán admiten la posibilidad de que el nombre se deba al capitalista industrial Jacint Trullàs, fabricante de encurtidos y potencial descendiente de los propietarios rurales.

La estructura urbana de la zona estaba incrustada en diferentes capas de un palimpsesto urbano. La desordenada industrialización había aprovechado el ordenamiento existente de los pasajes orientados perpendicularmente a la calle Pere IV, en lugar de seguir la trama Cerdà. Esto provocó que los pasajes se construyeran torcidos sobre el mapa con relación a la disposición de la malla ortogonal del Ensanche. En términos sociales, el núcleo había tenido una identidad propia como demuestran tres hechos históricos significativos: la existencia de fiestas mayores independientes desde 1878 que durarían hasta entrado el siglo XX; la ubicación de una sucursal de la cooperativa de consumo La Flor de Maig que definía la barriada como núcleo para abastecer; y la disposición de un alcalde de barrio durante la última parte del siglo XIX (Fossas, 2013). En resumen, el barrio de Trullàs se caracterizaba por un urbanismo mestizo entre el

---

2. Desaparecido por el Plan de Mejora Urbana (22@162) de la manzana delimitada por las calles Ávila, Almogàvers, Badajoz y Pere IV.

pasado industrial, agrícola y los intentos por hacer llegar la ciudad, y sus pasajes engordaban una identidad propia.

La desindustrialización liquidó este sentido social y, durante los años previos a la intervención de la TEPIV, se desarrolló una progresiva desidentificación del vecindario con el espacio porque se había convertido en el símbolo de los problemas urbanos que existían en la zona: la crónica desatención municipal, la ausencia de espacios verdes y de encuentro vecinal, y la afluencia de actividades vinculadas al ocio nocturno que cuestionaban el sentido de seguridad del lugar. Los vecinos más próximos consideraban que el pasaje fue un aparcamiento y un polo de actividades delictivas desde 1970. En este período identificaban un empobrecimiento de los servicios urbanos hasta la desaparición del pequeño comercio. La zona experimentaba una continua degradación de las cualidades que habían permitido las interacciones vecinales en el espacio.

Aquí teníamos muchas tiendas antes. Mercería, juguetería, ferretería, huevería. Me acuerdo de que me iba sola al colegio, cogía el bollo, picaba a Andrea, bajaba y nos íbamos a la academia porque aquí no había «coles» públicos. Era todo de comercio y entonces, como siempre encontrabas gente que te conocía, siempre hemos ido solas por el barrio. Era como un pueblo (Vecina de Trullàs 1, 14 de mayo de 2019).

Durante los años noventa, el pasaje Trullàs intensificó las características negativas que concentraba desde la erosión postindustrial en términos de desaparición del comercio local, usos vecinales decrecientes de los espacios y la eliminación de la actividad productiva que los empleaba. La desaparición del trabajo industrial había sido traumática para los vecinos, sobre todo para las mujeres empleadas en trabajos poco calificados de pequeños talleres. La desaparición del pequeño trabajo industrial remanente, fuente y base del sostenimiento vecinal, impactó doblemente: por la pérdida misma de la ocupación y por la transformación de las estructuras urbanas que asentaban su vida colectiva. En consecuencia, el pasaje Trullàs era representado como un «corralón» indeseable que se comparaba con otras zonas de Poblenou consideradas privilegiadas:

Este trozo está abandonado de la mano de dios. Fíjate, el trozo de la Rambla de Poblenou tienes de todo, ¡perfectísimo! Te vas a Marina y tienes de todo. Te vas a Glorias y de todo. Te vas a Villa Olímpica y de todo. Nosotros estamos aquí olvidados de la mano de dios (Vecina de Trullàs 2, 14 de mayo de 2019).

Era un punto negro realmente, se hacía de todo. Aquí se escondían, hacían trapicheo. Estaba oscuro aquí, no había luz ni nada, una farola pero que la petaban muchas veces para que no los vieran (Vecina de Trullàs 1, 14 de mayo de 2019).

El mal estado del corralón durante los 2010 acrecentó el sentimiento de desatención que los informantes percibían por la pérdida de estructuras y prácticas sociales en el espacio urbano. Esto provocó que el espacio privado se convirtiera en el único refugio posible para la sociabilidad vecinal. Las relaciones de vecindad que perduraron debían su supervivencia al sentido histórico compartido: la mayoría de los vecinos (entre 45 y 60 años) afirmaban mantener los vínculos que habían iniciado sus antepasados migrados de Andalucía. La trayectoria migratoria familiar era interpretada como una herencia en materia de vecindad que habían recibido de sus progenitores y su conservación actual era impulsada por una percepción de responsabilidad social. Pero el mantenimiento de estas relaciones pugnaba con la competencia con estudiantes de diseño, oficinistas y artistas por un espacio que se encarecía:

Los que quedan de toda la vida son cuatro abuelitos. Ya no queda gente. Ahora en sus casas hay pisos turísticos, que dices, claro, hoy tienes un vecino alemán, mañana un holandés. Eso no «fa barri», ¿sabes? (Vecina de Trullàs 3, 18 de mayo de 2019).

El barrio lo están enfocando a un tipo de turismo y a un tipo de vecinos que vengan estos *híppers*, esta gente así. Gente que dices, a ver, te están descolocando de tu barrio, ¿sabes? Pero nosotras aguantamos, somos la resistencia (Vecina de Trullàs 2, 14 de mayo de 2019).

Los informantes situaban en el pasado la existencia de una red vecinal y mecanismos de control social comunitario sustentados en el tejido de pequeños comercios. Pero en la actualidad señalaban la ausencia de elementos de articulación de la vida social. Existía una preocupación por la rápida desaparición de una identidad que asociaban con la interacción social con otros vecinos y en aspectos de la estructura social: un factor de clase compartido y unos lazos de vecindad basados en los usos espaciales. Y se señalaban dos factores responsables de la erosión de la identidad: la proliferación de espacios de *coworking* en edificios industriales y la consolidación de instituciones formativas en diseño que atrajeron un nuevo perfil de usuarios, así como nuevos usos en forma de cafeterías orgánicas y talleres creativos que los vecinos señalaban como responsables de la transformación del carácter histórico de la zona:

La identidad se ha perdido, por supuesto. Hay muchos eventos y muchos europeos que, para empezar, yo no sé inglés así que todo lo que hacen ¿para quién es? Hay muchos eventos para esta gente, pero no están asociados al barrio. Eventos para los guiris, eventos que se montan para ellos, no para el barrio (Vecina de Trullàs 1, 14 de mayo de 2019).

La identidad seguro que la hemos perdido. Este barrio era como un pueblo digamos porque era una zona de trabajadores, todo de fábricas y transportes, y esto se ha perdido en todo Poblenou. Ahora es un barrio de turismo y oficinas. No ha quedado nada de lo que era el pueblo donde nos conocíamos todos. Podías ir tres manzanas para la derecha, para la izquierda y conocías a todo el mundo. Ahora no conoces ni a tu propio vecino. Es lo que no me gusta de la transformación, que hemos perdido la identidad nuestra (Vecina de Trullàs 3, 18 de mayo de 2019).

Estas dinámicas se daban en el seno de una situación urbanística de atasco. La flexibilidad del plan 22@ dejaba en manos de cada propietario la opción de transformación. La gran fragmentación de la propiedad en Trullàs había hecho imposible el acuerdo necesario (de mínimo el 60% de los propietarios) para realizar un plan de transformación. El consistorio reconoció esta parálisis y desafectó algunas zonas del barrio de Trullàs y la Plata, asegurando la transformación de Provençals de Poblenou, un área con grandes parcelas de fácil transformación. La combinación entre la parálisis inmobiliaria y la dificultad de acuerdo entre propietarios dieron el tiempo necesario a la TEPIV para iniciar una intervención. A mi llegada al pasaje Trullàs la transformación llevaba tres años en curso. Un contenedor del puerto hacía de refugio y una pérgola amenizaba el sol incipiente que caía sobre los jardines verticales. Estos materiales fueron conseguidos mediante la presión ejercida en una jornada organizada por la TEPIV que terminó con la definición colectiva de la urbanización de la vía y la finalización del uso como aparcamiento por parte del Ayuntamiento. También se colocó una valla gestionada por los vecinos que tranquilizaba a quien creía que esa sería la única forma de preservar el jardín del vandalismo.

Desde 2018 el espacio fue autogestionado por un grupo de diez vecinos de entre 40 y 50 años con una clara diferenciación de género en la participación en el proyecto. Los hombres tenían una relación superficial con el entorno, no se involucraban demasiado en los turnos de apertura ni en la horticultura. Simplemente habían trasladado al pasaje la partida de dominó que antes realizaban en el bar, enfadando al propietario, que perdió su escasa clientela. Mientras para los hombres el significado del nuevo espacio era el traslado de su sociabilidad, para las vecinas el nuevo jardín ofrecía un espacio de encuentro inédito. Hasta el momento, permanecían despojadas de un entorno para la interacción social, sin espacios públicos seguros y confortables dedicados a la producción y reproducción de sus lazos sociales. El proceso de apropiación del entorno urbano iniciado por la intervención de la TEPIV hacía sentir menos inseguras a las vecinas frente a los nuevos actores urbanos y, a pesar de reconocerse como

usuarias legítimas del espacio, encontraban positivo que aquellos que llamaban despectivamente «hípsters» y «oficinistas» utilizaran el nuevo jardín porque el resto del barrio seguía siendo un entorno hostil. Así, el jardín estructuraba una creciente vida social y permitía incipientemente la reproducción de la vida vecinal.

Este es un espacio para los vecinos porque aquí tenemos muchas carencias, lo mínimo que podemos tener es un poco de verde. Quedamos pocos, pero por lo menos nos juntamos. Vienen los de las oficinas a comer con su «tupper» y los «hípster». Son bastante educados y no dejan nada sucio. Todos tenemos hijos que estudian y trabajan y también tienen que comer en algún lado (Vecina de Trullàs 2, 14 de mayo de 2019).

#### **4. Narrativas en lucha e identidades fantasma en la acción colectiva de Poblenou**

La relación dialéctica que la TEPIV y la AVPN entablaron entre los elementos patrimoniales locales y su acción política nos muestra que su objetivo principal era oponerse al proceso de desterritorialización inherente en la transformación urbana, el cual implicaba la destrucción del patrimonio y la introducción de nuevos significados culturales. El propósito de los activistas se basaba justamente en la reterritorialización de Poblenou mediante la disputa ideológica por el significado del espacio, manteniendo y recuperando determinados elementos materiales o inmateriales del mismo. Esta pugna ya fue identificada por Castells (1996) en la ciudad postindustrial como un combate por el vaciado o el mantenimiento de significados y prácticas colectivas. En este proceso, los movimientos vecinales emergen como actores clave en la generación de identidades urbanas a través de prácticas militantes orientadas a producir significados locales que actúan como controles a los efectos desatados por el 22@.

La producción de símbolos vinculados al patrimonio industrial resulta un elemento definidor de la acción colectiva de cada movimiento vecinal, así como del campo político-social en el que desarrollan sus prácticas políticas (Polletta y Gardner, 2015). La capacidad de activación de recursos simbólicos en el conflicto por parte de ambas organizaciones desnuda la estructura política en la que los movimientos urbanos se mueven, oscilando entre la oposición y la integración dentro del sistema político. La tensión entre las tendencias colaborativas o rupturistas con el gobierno local proviene del contraste entre el enfoque resolutivo de la AVPN y el planteamiento confrontativo de la TEPIV. La AVPN adopta un papel de



integración a los sistemas de participación institucionales, aprovechando las oportunidades políticas que este canal proporciona, como se evidencia en su función resolutoria. Esto genera nuevas formas de acción colectiva que advierten sobre los riesgos de la institucionalización y la pérdida de autonomía, especialmente en relación con los objetivos políticos, lo que llevó a la TEPIV a acusar a la AVPN de cooptación municipal. Sin embargo, la TEPIV también accedía a la colaboración con el poder público, como por ejemplo en la cesión municipal del paisaje Trullàs a los activistas, poniendo de manifiesto que los movimientos sociales urbanos desarrollan su acción en una dialéctica entre integración y ruptura con relación al poder político (Santamarina y Mompó, 2018). Por eso, no debemos considerar los movimientos urbanos como meros elementos de desorden o contrapoderes «desde abajo» (Zibechi, 2008), sino también potenciales configuradores del orden social y cultural (Eder, 1998) dentro de una rica dialéctica de confrontación e incorporación.

Por otra parte, los agentes vecinales de Poblenou intervienen activamente en la configuración del paisaje cultural del barrio, aportando valiosas contribuciones que enriquecen su tejido social y simbólico. El movimiento vecinal actúa como un «activador patrimonial» frente a las políticas de los gobiernos emprendedores (Gómez-Ferri, 2004), influyendo en cómo la comunidad percibe el paisaje cultural local y promoviendo representaciones opuestas a la transformación urbana. Esto responde, según Melucci (2001), a que resulta imposible la existencia de una acción colectiva sin la previa construcción de una identidad colectiva que sustente la construcción del conflicto. Klandermans y Stekelenburg (2013) también consideran básica la producción de estas representaciones sociales para dar dimensión pública a los problemas sociales e incentivar la acción. Por eso, la principal tarea de los movimientos es encontrar símbolos reconocibles para movilizar una determinada base social (Tarrow, 1997), para así conseguir la cohesión necesaria que mantenga la integridad frente a las exigencias de fuerzas dominantes. La reconstrucción de la identidad trullense de la TEPIV, o la preservación de símbolos industriales de la AVPN, denotan el objetivo compartido de creación de un «nosotros» que amplíe la participación en sus acciones. De facto, con la comisión de patrimonio la AVPN sumaba participantes no movilizados por su estrategia de captación, mientras que la pretendida identidad trullense activada por la TEPIV actuó de cantera para la protesta movilizando nuevos participantes y una dimensión subjetiva del conflicto que produjo significados opuestos al 22@.

Concretamente, la TEPIV consideró que la recreación de la antigua identidad local era necesaria para articular una historia común dentro de

los barrios de Poblenou, recuperando una identidad particular que se expandía geográfica y demográficamente más allá de límites administrativos. La recuperación de aspectos identitarios del pasado industrial buscaba activar y ampliar la protesta mediante la recuperación de símbolos y nuevas versiones de antiguas identidades locales. Esto tenía como objetivo cohesionar al vecindario y responder a la creciente fragmentación social provocada por el desplazamiento de los vecinos tradicionales. Para lograrlo, se reutilizaban elementos específicos, como nombres de fábricas o cooperativas, para conectar el proyecto con su historia. En el caso de Trullàs, la aspiración de esta recreación cultural fue la activación de nuevas entidades sociopolíticas que amplificaran el conflicto. Con esto, la plataforma imaginaba un conjunto de «barriadas mitológicas» para la acción y la localización del conflicto introduciendo sus demandas molecularmente en las distintas áreas inmunes al conflicto.

Sin embargo, que Trullàs se convirtiera en una identidad fantasma con escaso arraigo contemporáneo demuestra la existencia de otros significantes inesperados en el marco de acción colectiva de la TEPIV que resultaban igualmente efectivos para involucrar a la comunidad local y que se basaban en los resultados tangibles de la intervención. Así, quedan a la vista las limitaciones del repertorio de la plataforma vecinal en tanto que la identidad trullense no interpeló a los vecinos involucrados en el proyecto. Los participantes se mostraban más preocupados por la actualidad que por la recuperación de alguna legitimidad histórica en el uso del espacio. Mientras que para los activistas de la TEPIV ese espacio era el «pasaje Trullàs», los vecinos lo rebautizaron como el «Jardín de las Mariposas», manifestando que la nueva actividad del jardín no era una reconexión histórica con la antigua identidad, sino una recomposición de los lazos seccionados por la desaparición de fuentes de trabajo, el cerceamiento de la reproducción social por el encarecimiento del suelo y la eliminación de sistemas de sociabilidad.

Para los vecinos de Trullàs, el objetivo del proyecto era mantener sus relaciones en un espacio seguro, destacando que el éxito de la TEPIV radicó en su capacidad para crear lazos entre ellos, al proporcionar un lugar para la interacción social. El nuevo jardín ofrecía a los vecinos un espacio de encuentro cotidiano, facilitando actividades como la horticultura, las reuniones de gestión y momentos de sociabilidad. Su participación en el proyecto estaba motivada principalmente por la añoranza de prácticas vecinales de solidaridad y apoyo mutuo. Unos recuerdos nostálgicos sobre las relaciones que ya habrían vivido sus padres, y que asociaban a la instalación en un entorno urbano industrial carente de servicios básicos donde la comunidad se unía para suplir esas necesidades. En contraste, la

identidad histórica recreada se percibió como distante y carecía de un arraigo contemporáneo significativo.

El intento de recuperar la identidad trullense fracasó porque los vecinos no se identificaron con ella. Así, el rescate de la identidad «trullense» culminó en la conformación de una identidad fantasma que evidenció la desconexión entre los agentes más activos del proyecto, que sostenían una visión histórica del barrio, y los vecinos, cuyas preocupaciones eran más contemporáneas y alineadas con su experiencia directa. Los esfuerzos de la TEPIV por unir al vecindario a través de símbolos históricos —como las fábricas y el cooperativismo— resultaron ser menos efectivos que las formas espontáneas de generar sentido de pertinencia. Estas formas no dirigidas obtuvieron una mayor identificación entre los vecinos, en contraste con las pretensiones de la TEPIV de construir una identidad estratégica que activase la acción colectiva. Esto revela que los movimientos que buscan recuperar tradiciones o identidades del pasado, como estrategias para generar conflicto, pueden afrontar una brecha entre su representación idealizada y la dimensión subjetiva de los grupos que intentan influir. La razón de esta brecha radica en que, mientras los activistas intentan legitimar sus acciones a través de la recuperación de símbolos históricos, los vecinos menos organizados pueden no reconocer ni valorar esas referencias culturales.

## 5. Conclusiones

Los movimientos sociales urbanos emplean la producción de símbolos como mecanismo para resistir los efectos adversos de la transformación urbana. En el contexto de renovación del Poblenou, se observan múltiples respuestas de un tejido vecinal diverso que interviene en las definiciones locales, desbordando el enfoque oficial. Esto evidencia que las identidades en contextos de renovación urbanística no son fijas, sino resultados dinámicos de un proceso en el que participan las prácticas políticas vecinales. Tanto la AVPN como la TEPIV movilizan el patrimonio industrial para contrarrestar la transformación urbana, buscando reterritorializar el barrio mediante significados colectivos. Esta situación respalda la necesidad de construir identidades para fomentar la acción colectiva (Della Porta y Diani, 2011; Melucci, 2001). Sin embargo, mientras la AVPN opta por una integración pragmática en las instituciones, la TEPIV adopta una postura más confrontativa, lo que revela la compleja dialéctica entre colaboración y ruptura con el poder político (Santamarina y Mompó, 2018) de estos procesos.

El intento de la TEPIV de recuperar la identidad histórica trullense no logró adscripción entre los vecinos, quienes valoraban el proyecto por la generación de oportunidades para relacionarse en un enclave seguro. Esta desconexión muestra que los esfuerzos por revitalizar identidades pueden incorporar significados inesperados, e incluso avivar prácticas espontáneas de pertenencia más efectivas que los significados originales. La disparidad entre las identidades fantasma y las necesidades reales de los vecinos muestra el desafío significativo que enfrentan los movimientos sociales para activar la acción colectiva a partir del patrimonio, puesto que fundamentar la acción colectiva en elementos históricos que han perdido relevancia en la vida cotidiana puede generar ambigüedades y resultar en identidades fantasmas si no logran conectarse con las expectativas de la comunidad.

Finalmente, es fundamental considerar las limitaciones metodológicas de este estudio y cómo futuras investigaciones pueden abordarlas. La concentración en organizaciones específicas restringe la recopilación de agrupaciones y alianzas vecinales con enfoques diferentes. Por lo tanto, en futuros abordajes debe considerarse el análisis exhaustivo de alianzas vecinales y espacios convergentes. Como se ha señalado en el caso de las confluencias en torno la vivienda y la turistificación en Poblenou, estas alianzas son significativas para contextualizar los matices de colaboración entre organizaciones, más allá de sus manifiestas discrepancias.

## Referencias

- Amenta, E., y Polletta, F. (2019). The cultural impacts of social movements. *Annual Review of Sociology*, 45, 279-299.
- Amin, A. (2013). Telescopic urbanism and the poor. *City*, 17(4), 476-492.
- Atkinson, R. (2002). *Does gentrification help or harm urban neighbourhoods?: An assessment of the evidence-base in the context of new urban agenda*. Bristol: Centre for Neighbourhood Research.
- Caldeira, T.P. (2015). Social movements, cultural production, and protests: São Paulo's shifting political landscape. *Current Anthropology*, 56(11), S126-S136.
- Castells, M. (1986). *La ciudad y las masas. Sociología de los movimientos sociales urbanos*. Madrid: Alianza.
- Castells, M. (1996). *La Era de la Información: economía, sociedad y cultura. Volumen 1, La Sociedad Red*. México: Siglo XXI.
- Della Porta, D., y Diani, M. (2011). *Los Movimientos Sociales*. Madrid: CIS.
- Diani, M. (1992). The concept of social movement. *The Sociological Review*, 40(1), 1-25.
- Eder, K. (1998). La institucionalización de la acción colectiva. ¿Hacia una nueva problemática teórica en el análisis de los movimientos sociales? En P. Ibarra y B. Tejerina (Orgs.),

- Los movimientos sociales. Transformaciones políticas y cambio cultural.* (pp.337-360). Madrid: Trotta.
- Escobar, A., Álvarez, S., y Dagnino, E. (2001). *Política cultural y cultura política. Una nueva mirada sobre los movimientos sociales latinoamericanos.* Bogotá: Taurus.
- Fossas, J. (2013). Trullàs o Trullà, un barri de passatge. *Revista Icària*, 18, 14.
- Franquesa, J. (2007). Vaciar y llenar, o la logica espacial de la neoliberalización. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 118(1), 123-150.
- Galafassi, G. (2011). Teorías diversas en el estudio de los movimientos sociales: una aproximación a partir del análisis de sus categorías fundamentales. *Cultura y representaciones sociales*, 6(11), 7-32.
- Gómez-Ferri, X. (2004). Del patrimonio a la identidad. La sociedad civil como activadora patrimonial en la ciudad de Valencia. *Gazeta de Antropología*, 20, 9-20.
- Harvey, D. (2003). *Espacios de esperanza.* Madrid: Akal.
- Homobono, J.I. (2000). Antropología urbana: itinerarios teóricos, tradiciones nacionales y ámbitos temáticos en la exploración de lo urbano. *Zainak*, 19, 15-50.
- Jasper, J., y Polletta, F. (2018). The cultural context of social movements. *The Wiley Blackwell companion to social movements*, 63-78.
- Kern, L. (2022). *La gentrificación es inevitable y otras mentiras.* Manresa: Bellaterra.
- Klandermans, B., y Stekelenburg, J. (2013). Social movements and the dynamics of collective action. En L. Huddy, D. Sears y J. Levy (Eds.), *The Oxford handbook of political psychology* (pp.774-811). Oxford University Press.
- Lauermann, J. (2018). Municipal statecraft: revisiting the geographies of the entrepreneurial city. *Progress in Human Geography*, 42(2), 205-224.
- Llera, L. (2008). Vallekas, Puerto de Mar, de Elisabeth Lorenzi. *AIBR*, 3(1), 119-122.
- Makhlouf, M. (2019). Megaproyectos urbanos y resistencias a la configuración de la ciudad neoliberal. En A. Hernández, C. Vergara, A. Tutor y E. Sala (Coords), *Neoliberal(urban)ismo. Transformaciones socioterritoriales y luchas populares en Chile, España y México.* UNAM.
- Martín-Gómez, A. (2020). Participación ciudadana deliberativa en el urbanismo: «Repensemos el 22@» en Barcelona. *Gestión y Análisis de Políticas Públicas*, 24, 120-138.
- McAdam, D., McCarthy, J., y Zald, M. (1999). *Oportunidades, estructuras de movilización y procesos enmarcadores: hacia una perspectiva sintética y comparada de los movimientos sociales.* Madrid: Istmo.
- McAdam, D. (1994). Cultura y movimientos sociales. En E. Laraña y J. Gusfield (Eds), *Los nuevos movimientos sociales. De la ideología a la identidad* (pp.43-68). Madrid: CIS.
- Melucci, A. (1989). *Nomads of the present: social movements and individual needs in contemporary society.* London: Hutchinson.
- Melucci, A. (2001). *Vivencia y convivencia: teoría social para una era de la información.* Madrid: Trotta.
- Merrifield, A. (2014). The entrepreneur's new clothes. *Human Geography*, 96(4), 389-391.
- Mompó, E. (2019). *Por un barrio vivo y combativo. Movimientos urbanos en búsqueda de autonomía desde el Cabanyal.* Tesis Doctoral. Universitat de València.
- Mompó, E. (2021). «Ya no tenemos fuerzas». La gentrificación de los movimientos antigentrificación: una reflexión etnográfica. *Scripta Nova*, 25(2).



- Oslender, U. (2016). *The geographies of social movements: Afro-Colombian mobilization and the aquatic space*. Duke University.
- Peck, J, y. Tickell, A. (2017). Neoliberalizing space. En R. Martín (Ed.), *Economy* (pp.475-499). London: Routledge.
- Piqueras, A. (2002). *Movimientos Sociales y Capitalismo, Historia de una Mutua Influencia*. Alzira: Germania.
- Polletta, F. (2004). Culture is not just in your head. En J. Goodwin y J. Jasper (Eds), *Rethinking social movements: Structure, meaning, and emotion* (pp.97-110). Maryland: Rowman&Littlefield.
- Polletta, F., y Gardner, B.G. (2015). Culture and movements. En R. Scott (Ed), *Emerging Trends in the Social and Behavioral Sciences: An Interdisciplinary, Searchable, and Linkable Resource* (pp.1-13). New York: Wiley.
- Santamarina, B., y Mompó, E. (2018). Tácticas de resistencia en la ciudad: alternativas desde los movimientos urbanos en El Cabanyal. *AIBR*, 13(3), 381-405.
- Santamarina, B. (2010). Movimientos sociales: una revisión teórica y nuevas aproximaciones. *Boletín de Antropología*, 22(39), 112-131.
- Snow, D., Benford, R., McCammon, H., Hewitt, L., y Fitzgerald, S. (2014). The emergence, development, and future of the framing perspective: 25+ years since “frame alignment”. *Mobilization*, 19(1), 23-46.
- Soja, E. (2000). *Postmetropolis*. Massachussets: Blackwell.
- Tarrow, S. (1997). *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*. Madrid: Alianza.
- Theodore, N., Peck, J., y Brenner, N. (2009). Urbanismo neoliberal: la ciudad y el imperio de los mercados. *Temas Sociales*, 66, 1-11.
- Vallverdú, J. (2017). Conflicto estructural y movilización colectiva: formatos y lógicas de las protestas sociales. *Periferia*, 22(1), 27-50.
- Wacquant, L. (2012). Three steps to a historical anthropology of actually existing neoliberalism. *Social Anthropology*, 20(1), 66-79.
- Zibechi, R. (2008). *Territorios en resistencia. Cartografía política de las periferias urbanas latinoamericanas*. Zambra-Baladre.